



CUENTOS PARA LEER LOS SÁBADOS

HEMINGWAY
BERKELEY
SCHWOB
KIPLING

ELEGIDOS POR J.L. BORGES
Y U. PETIT DE MURAT
PARA *CRÍTICA*

PRÓLOGO DE ÁLVARO ABÓS

CHESTERTON · SINCLAIR · DICKENS
LANGE · LONDON · WELLS · SOUPAULT
CHEJOV · HEARN · MALLEA · ASSIS · GÜIDA
O. HENRY · DABOVE · LOBATO · ONETTI · HORN



El sábado 12 de agosto de 1933 los ejemplares de *Crítica*, por ese entonces el diario más popular de la Argentina, vinieron acompañados por primera vez con la *Revista Multicolor*, un suplemento que dirigían Jorge Luis Borges y Ulyses Petit de Murat.

En sus páginas aparecieron cuentos de Anton Chejov, Jack London, G. K. Chesterton, Rudyard Kipling, Charles Dickens, O. Henry y otros escritores que ya son clásicos. Pero también cuentos de autores menos conocidos u olvidados, o de nombres misteriosos que no se sabe a quién atribuir. Cuentos que hablan de tierras lejanas o de aquí nomás, escritos en español o traducidos de otras lenguas, frutos de la imaginación más exaltada o tomados de la más cruda realidad. Cuentos que intrigan, asustan, asombran y divierten, elegidos por dos escritores que, antes que nada, fueron grandes lectores.

Este libro rescata algunas joyas de ese tesoro cuentístico de la *Revista Multicolor de los Sábados*, seleccionados entre su abundante material.

Los sábados de *Crítica* o la alegría de leer

El sábado es el día de la literatura. Porque es el día para el sueño, palabra que alude tanto al reposo como a la aventura.

Aventura/literatura...

Sábado viene de *sabbath*, que en hebreo quiere decir «descanso». La Biblia indica: «Trabajarás seis días y el séptimo descansarás». Esos seis días comienzan a contarse el domingo; por lo tanto, el sábado es para descansar.

Pero fue sólo en 1911 que la legislación inglesa ordenó la interrupción del trabajo a las 13 horas del sábado y su reanudación el lunes, motivo por el cual en algunos países de Hispanoamérica se llamaba «sábado inglés» a ese derecho. Tardó muchos años en regir, lo mismo que el asueto escolar sabatino, que en la Argentina, por ejemplo, recién se gozó en los años cincuenta del siglo XX.

Hay quien tiene una opinión triste sobre el sábado, como Roberto Arlt, para quien «el sábado es el día en el que prosperan las reyertas conyugales y en el cual las borracheras son más lúgubres que un *De Profundis* en el crepúsculo de un día nublado». ¿Es cierto que un silencio de tumba pesa sobre la ciudad los sábados a la tarde, como dice escuchar nuestro cartógrafo urbano, el melancólico Arlt? Quizás en el ánimo de aquel Arlt siempre sensible a los humores y amores de su ciudad pesaba una tragedia que enlutó a Buenos Aires: cierto día de invierno —corría 1930— cayó al Riachuelo un tranvía lleno de obreros que iban a trabajar.

Murieron sesenta. Sucedió un sábado a las seis y cuarto de la mañana.

Pero si estamos tristes, nada mejor para alegrarse que leer cuentos. Cuentos de amor, de sangre y de muerte. Como los que propone este libro.

Cuando se produjo la experiencia lectora que aquí evocaremos, por lo tanto, el sábado los niños aún iban al colegio y los adultos salían a la mañana a trabajar. Fuera triste o alegre, era el prolegómeno a la fiesta, y el ejemplar de *Crítica*, calentito —o fresco de tinta, para usar el lugar común—, llegaba a los lectores a partir del mediodía, cuando salía la cuarta edición, que en realidad era la primera —misterios del periodismo en Buenos Aires—. Y entonces sonaba esa música grata, la invitación a la aventura. A la aventura de leer.

El sábado 12 de agosto de 1933 los ejemplares del diario *Crítica* vinieron acompañados por primera vez por la *Revista Multicolor de los Sábados*, un suplemento de ocho páginas ilustradas que dirigían Jorge Luis Borges y Ulyses Petit de Murat y que se entregaba gratis.

El diario había sido fundado en 1913. Dos décadas después llegó a ser el vespertino más vendido en Buenos Aires. Aunque su circulación real siempre fue discutida, las fuentes coinciden en que alcanzó el pico de ventas durante la década del treinta. En septiembre de 1939, al día siguiente de la invasión de Polonia por la Alemania nazi, *Crítica* lanzó a la calle, en sus diversas ediciones, 850 000 ejemplares. Una cifra impresionante si se tiene en cuenta que la Argentina apenas superaba los diez millones de habitantes.

Crítica innovó por sus recursos tipográficos modernos, como los titulares de gran tamaño. También porque en sus páginas la política nacional y mundial solía tener similar espacio que la crónica de crímenes, del espectáculo y del deporte. El inquieto Natalio Botana, su propietario y director, siempre estaba dispuesto a emprender nuevos caminos:

aunque su gran triunfo había sido *Crítica*, fundó otros diarios porteños, como *El Sol*, que fracasó. Trató de llevar sus productos a otros lugares —por ejemplo, al Uruguay, que era su país natal— e incursionó en lenguajes entonces jóvenes como la radio y el cine. A *Crítica*, el diario al que dedicó su vida, solía renovarlo con nuevas firmas y secciones.

Ya en 1926 había tenido un suplemento literario, bautizado *Crítica Magazine*, que dirigió Raúl González Tuñón y que duró 29 semanas. En 1930, el mismo escritor condujo una primera *Revista Multicolor de los Sábados*, que fue interrumpida cuando el dictador José Félix Uriburu clausuró *Crítica* y detuvo a Botana y a su esposa y colaboradora, Salvadora Medina Onrubia.

Cuando en 1933 el presidente Agustín P. Justo devolvió el diario a su dueño y *Crítica* regresó a la calle, se le ocurrió a Botana convocar a Jorge Luis Borges y a Ulyses Petit de Murat para que revivieran el suplemento. Buscaba atraer a lectores que quizás prefiriesen, entre la amplia oferta periódica que se publicaba en Buenos Aires, a diarios de un perfil más tradicional, como los matutinos *La Prensa*, por entonces el de más difusión, o *La Nación*. Cada uno de estos cotidianos conservadores publicaba un suplemento literario dominical impreso en páginas sepia.

Botana salía a buscar a ese lector «serio», pero pretendía que la nueva *Revista*... retuviera la atención del típico lector de *Crítica*, es decir alguien que compraba el diario para saber lo que pasaba en el país y en el mundo, pero que estaba vivamente interesado en espeluznantes crímenes cotidianos, o en la actualidad del teatro y del cine, de las carreras de caballos, del boxeo y del fútbol. Y que gustase de leer un diario que desde su primer número había privilegiado la ilustración, bajo la forma de caricaturas, dibujos realistas, fotografías e historietas.

¿Por qué Botana convocó para ese experimento periódico a Jorge Luis Borges y a Ulyses Petit de Murat? Lo hizo porque, atentísimo y exhaustivo lector de cuanto se pu-

blicaba en el Río de la Plata, conocía las posibilidades de ambos. Petit de Murat llevaba seis años trabajando en el diario de Botana, donde había comenzado como cronista policial para ser después crítico de música y de cine. De Borges, Botana conocía sus libros de poesía y ensayo y sus intervenciones en la prensa literaria de la época, en especial en la revista quincenal *Martín Fierro* (1924-1927).

En las entrevistas que mantuvo con los flamantes directores, Botana les recalcó que, además de editar el material que incluiría la *Revista...*, debían aportar textos propios. Y aunque intervenía activamente en la confección de su diario, una vez delineado el perfil que deseaba para el suplemento, les dio autonomía para que interpretaran sus directivas. Así pues, Borges y Petit de Murat enfrentaron el desafío de proporcionar buen material literario a un público popular.

La redacción funcionaba en un cuarto de la azotea del diario, en el histórico edificio de Avenida de Mayo 1333, esa joya de la arquitectura de Buenos Aires. Fue diseñado por los arquitectos húngaros Jorge y Andrés Kalnay a pedido y con amplias sugerencias del propio Botana, quien quería erigir un auténtico Palacio de la Prensa para que albergase un diario que entonces, en la década del veinte, estaba por alcanzar su apogeo. Fue en aquella azotea, en la que se alzaba la sirena que alertaba a los porteños sobre acontecimientos importantes, donde Borges y Petit de Murat pergeñaron los cincuenta y ocho números de la *Revista...* Allí recibían a los colaboradores, encargaban materiales, seleccionaban originales, para lo cual leían diarios y revistas de todo el mundo, sobre todo prensa inglesa y norteamericana, catálogos editoriales, libros nuevos y viejos.

En la *Revista Multicolor de los Sábados* Borges publicó sus primeros cuentos. Allí aparecieron, uno tras otro, sus relatos sobre bandoleros, asesinos y estafadores, que poco después, en 1935, reuniría bajo el título de *Historia universal de la infamia*. Pero además de los cuentos de Borges, la

Revista Multicolor... ofreció durante aquellos sábados de 1933 y 1934 un muy considerable bagaje de material literario: cuentos, artículos, crónicas y reseñas. Ese material retomaba, a veces parodiándolo, los tonos y lenguajes del diario, proponiéndole al lector una nueva mirada a las noticias crudas que allí se ofrecían.

El conjunto muestra la temprana predilección de Borges por el género policial, al que señaló como «la única contribución del siglo XX a la literatura universal»^[1], y que lo llevó, una década después, a crear, junto a Adolfo Bioy Casares la colección *El Séptimo Círculo* en la editorial Emecé. La selección de las cien primeras novelas de esa serie proviene en buena medida de la lectura atenta que, para el suplemento de *Crítica*, Borges había hecho del *The Times Literary Supplement* y otros medios del periodismo literario.

¿Y quién traducía ese material? En la *Revista Multicolor de los Sábados* no se consignaba, y por eso tampoco figuran atribuciones en este libro. Es que aquellos muchachos no trabajaban para la historia sino para ganarse el sueldo —y para gozar y entretenerse junto con los lectores—. Los jóvenes editores estaban urgidos por la fiebre del cierre y sus ansiedades: el material a veces abundaba y otras veces era escaso. Había que compatibilizar textos e ilustraciones —la diagramación atractiva eran un mandamiento del diario— y sobre todo usar los títulos para «engancha» a los lectores. Se trataba de una faena colectiva que justifica algunas transgresiones que nunca perjudicaron la calidad: se practicaba sin piedad y con alegría el arte de la reescritura, abundaban los seudónimos, se inventaban escritores. En un libro aparecido en 1995, *Borges en Revista Multicolor*, su editora, Irma Zangara, sostiene que Borges publicó varios cuentos en la *Revista...*, firmados con seudónimos como Alex Ander, Benjamín Beltrán, Bernardo Haedo y José Tuntar. Otros críticos han cuestionado esas filiaciones. Son deliciosas trampas que los grandes escritores dejan tras de sí,

para entretenimiento, y a veces enfrentamiento, de sus comentaristas.

Pero el material publicado por la *Revista Multicolor de los Sábados* es valioso no ya como materia de arqueología cultural sino como lectura viva. En sus páginas aparecieron —y reaparecen en esta selección— narradores como Anton Chejov, Jack London, G. K. Chesterton, Rudyard Kipling, H. G. Wells, Charles Dickens, Lafcadio Hearn, O. Henry y otros escritores que ya son clásicos. Conviven con nombres casi desconocidos. Algunos de escritores hoy olvidados, y otros revalorizados. Este libro rescata algunas joyas de ese tesoro cuentístico de la *Revista...*, elegidos entre su abundante material. Estos cuentos nos permiten revivir una aventura a la vez literaria y humana: sumergirnos nosotros, lectores del siglo XXI, ahitos de relatos que el mundo nos propone todo el tiempo, en el viejo y eterno mar, agitado y delicioso, de la narrativa pura. Leer ingenuamente, o sea sabiamente, lo que leyó un lector hace casi cien años. Reencontrar historias que de tan viejas son nuevas, volver a ser aquel niño, adolescente, señora, señorita, señor o anciano que algún mediodía de sábado de 1933 o de 1934 recibió de la mano del quiosquero, o vio aparecer por debajo de la puerta, un ejemplar de *Crítica* y abrió la *Revista Multicolor...* que venía dentro del diario, y se sumergió en las historias que le proponían Borges y Petit de Murat. En las páginas que siguen nos esperan esas tramas inquietantes, esos misterios insondables, esos crímenes del cuerpo o del alma, esas aventuras cada vez nuevas. Fueron cuentos para leer el sábado. Lo siguen siendo. Y, ¿por qué no?, para convertir en sábado cada día de la semana.

ÁLVARO ABÓS

Nota del editor

Esta edición reproduce los cuentos tal como fueron publicados en la *Revista Multicolor de los Sábados*, habiéndose salvado solo erratas evidentes y respetado ciertos usos de la época, así como las pocas notas al pie, que pertenecen a la edición original.

Del mismo modo, no figuran los responsables de las traducciones, ya que en la *Revista...* se omitían; traducciones de origen confuso, calidad despareja y carácter sin duda urgente, si se tiene en cuenta la gran cantidad de material que se entregaba en forma semanal.

Sugerimos visitar la página Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar para consultar la revista *on line*.

El muerto de la casa del pavo real

Gilbert K. Chesterton

Hace algunos años, un joven recorría una calle asolada de los suburbios de Londres; un joven vestido rústicamente, la cabeza cubierta con un sombrero casi prehistórico; porque acababa de llegar a la capital desde una remota y adormecida población del oeste. Nada había en él de particularmente notable, salvo lo que le ocurrió ese día, lo cual fue notable en todo sentido, para no decir lamentable. Vio venir hacia él a un hombre más bien anciano, sin aliento, de smoking, que lo tomó de la solapa de su raído saco y lo invitó a cenar con él. Estaríamos más cerca de la verdad diciendo que, más que un convite, fue una imploración. Como el sorprendido provinciano no lo conocía, ni a nadie en los contornos, la situación le pareció hartamente singular; pero, suponiendo que se trataría de una costumbre de Londres, accedió al fin. Acompañado de su extraño huésped, fue a la hospitalaria mansión que se alzaba a solo pocos pasos de allí. A partir de ese instante, nunca reapareció en el mundo de los vivos.

Ninguna de las explicaciones de estilo cuadraban con su caso. Los dos protagonistas eran totalmente extraños el uno para el otro. El hombre de tierra adentro no traía papeles, dinero, ni objetos dignos de mención, y tampoco parecía de naturaleza de llevarlos. Por otra parte, su huésped revelaba todos los signos de una prosperidad casi agresiva: forro de satén, un fulgor de piedras opalescentes en sus gemelos, y un cigarro que parecía perfumar toda la calle. Por lo tanto, debía descartarse el robo como móvil del crimen.

En realidad, ese móvil fue uno de los más extraños del mundo; tan extraño, que un hombre vulgar habría podido

hacer cien suposiciones antes de dar con la clave.

Más aún, es dudoso que alguien hubiese dado jamás con la solución, a no ser por el ligero barniz de excentricidad que caracterizaba a otro joven, al que la casualidad puso sobre ese mismo camino una o dos horas más tarde. Pero no debe creerse que él recurriera, para dilucidar el enigma, a ninguna maña de detective, y menos de aquellos detectives popularizados por los libros de ficción, que resuelven los más arduos dilemas con solo concentrar su atención en las circunstancias y los objetos afines al crimen, y a quienes secunda una presencia de ánimo excepcional.

Sería más exacto decir que este hombre los resolvía, en cambio, por ausencia de ánimo. Cualquier objeto que cayera en el radio de su visión grabábase en su mente como un talismán, y él lo contemplaba hasta que empezaba a hablarle como un oráculo. En otras ocasiones una piedra, una estrella de mar o un canario habían contestado, al parecer, todas sus preguntas. En la presente circunstancia, empero, su punto de referencia fue menos trivial.

Había vagado sin rumbo por la plácida calle suburbana, siguiendo con ojos de soñador las manchas doradas de los codesos en el césped, o las blancas y rojas de los espinos. Pero se contentaba las más de las veces con los verdes semicírculos de pasto, repetidos hasta el infinito como lunas verdes; porque no era de esas personas para quienes la repetición es sinónimo de monotonía. En un momento dado, al dirigirse hacia una propiedad, tuvo la conciencia o la semiconciencia de un color nuevo en el universal verdor: un verde mucho más azul, que parecía derivar en azul eléctrico a medida que el objeto se desplazaba lentamente, revelando una pequeña cabeza sobre un cuello larguísimo; era un pavo real. Pero su mente había imaginado mil cosas antes de dar con lo obvio. El azul pronunciado del plumaje le había hecho pensar en una llama azul, y la llama en alguna demoníaca fantasía, antes de advertir que solo se trataba de un pavo real. Y la cola, estela suntuosa de ojos, hábale

hecho pensar en aquellos sombríos pero divinos monstruos del Apocalipsis, cuyos ojos se multiplicaban como sus alas, antes de reparar en que la presencia de un pavo real, aun tomado en su sentido más lato, era un espectáculo sobradamente extraño en paisaje tan común.

Porque si Gabriel Gale (así se llamaba el joven) era un poeta *minore*, descollaba en cambio como pintor, y, en su calidad de figura ilustre, y enamorada de las bellas perspectivas, había sido invitado más de una vez a los grandes parques de la aristocracia, donde los pavos reales forman, por así decirlo, parte integrante del paisaje. La evocación de esas propiedades trajo a su memoria el recuerdo de una de ellas, remota y solitaria, que asumiera para él la casi intolerable belleza de un paraíso perdido. Creyó ver durante un instante, en medio del césped lustroso, una figura más imponente que la de cualquiera de esas aves, y cuyo plumaje iridiscente, de una vívida tristeza, hacía pensar en un diablo azul. Pero cuando los juegos de la imaginación y las añoranzas se desvanecieron, aún persistió en él la interrogante: ¿qué hacía en el jardín de esa pequeña residencia suburbana un pavo real? Parecía demasiado grande para el lugar, como si, al desplegar su cola, fuese a derribar los árboles que hallara a su paso.

Estas reflexiones de giro ya más práctico desfilaron por su mente antes de que esta se detuviera en la más práctica de todas: que en los últimos cinco minutos había estado apoyado en un portón ajeno, con el aire definitivo de un campesino apoyado en el cerco que circunda su propiedad. De salir alguien de la casa, habría contemplado no sin extrañeza la escena; pero nadie salió. Antes bien, alguien entró. Cuando el pavo real se encaminaba hacia la casa, el poeta abrió resueltamente el portón y halló el césped húmedo, a la zaga de aquel.

Enriquecían la soledad umbrosa de ese jardín grandes masas de flores rojas, y, en el conjunto, la casa resultaba más vulgar que el terreno donde se levantaba. Acentuaba

esa impresión el hecho de hallarse aquella en algún proceso de reparación, pues adivinábase, apoyada contra la pared, una escalera, usada según todas las apariencias por los albañiles para llegar al piso superior. Además, varias plantas de flores coloradas habían sido cortadas, apilándolas en el borde de la ventana del primer piso, y algunos pétalos, al desprenderse, se posaron en los peldaños de la escalera. La mirada de Gale abarcó gradualmente todos estos detalles, mientras una expresión de sorpresa invadía poco a poco su semblante ante el contraste que formaban la casa con la escalera y el rico jardín con el pavo real. Era casi como si el suntuoso pájaro y las flores aristocráticas hubiesen estado allí antes de los ladrillos burgueses y el mortero.

Uno de los rasgos salientes de Gale era su ingenuidad, que a menudo podía tomarse por imprudencia. Como muchos seres humanos, era capaz de cometer malas acciones a sabiendas, y avergonzarse después por ello. Pero mientras sus intenciones no fueran malas, nunca se le habría ocurrido sentir vergüenza de un acto. La invitación de la escalera y la ventana abierta era demasiado obvia para tacharla de aventura. Comenzó a subir como si se tratase de la escalinata de un hotel. Pero al llegar a los últimos peldaños se detuvo un instante, torció el gesto y, acelerando su ascensión, traspuso el borde y se deslizó en el interior de la estancia.

La penumbra que allí reinaba parecía oscuridad después del esplendor del atardecer, y transcurrieron uno o dos segundos antes de que el tenue resplandor reflejado por un espejo, puesto ante él, le permitiese apreciar las características de la habitación. Parecía polvorienta y de aspecto más bien precario; los cortinados, de un azul verdoso pronunciado, formaban, con todo, un fondo de colores mortecinos.

Al observar más atentamente el espejo, Gale notó que estaba roto. Sin embargo, era evidente que el cuarto había sido redecorado en parte para alguna fiesta, como lo hacía suponer una larga mesa, prolijamente tendida para una ce-

na. Frente a cada plato se alineaban una serie de vasos de distinto tamaño para los vinos de cada servicio.

Por algunos detalles, Gale concluyó que la estancia había sido teatro de una lucha, durante la cual alguien había volcado el salero, derramado su contenido sobre el mantel y roto el espejo. Luego miró los cuchillos puestos sobre la mesa, y una luz de inteligencia comenzaba a insinuarse en su cerebro, cuando la puerta se abrió bruscamente, y un hombre, robusto y canoso, irrumpió en el cuarto.

Ese incidente tuvo la virtud de devolverlo a la realidad, como un hombre que, tras un prolongado salto en el espacio, siente de pronto el frío contacto del agua. Recordó súbitamente dónde se encontraba y por qué medios había llegado hasta allí. Era muy característico en él que, si bien veía un punto práctico tardíamente, cuando lo veía por fin era con entera lucidez y en todas sus ramificaciones lógicas. Nadie creería en ninguna razón legítima que justificara su entrada en esa casa por la ventana, cuando pudo hacerlo por la puerta principal. Y, en efecto, razón legítima no tenía ninguna, o por lo menos ninguna que pudiese explicar sin una larga peroración de índole poética y filosófica. Más aún, en ese preciso momento sus dedos jugaban con uno de los cuchillos, de plata maciza. Tras una ligera vacilación, posó el cuchillo y se quitó el sombrero.

—Y bien —dijo por último, con una ironía displicente—, de ser usted, yo no dispararía esa arma; pero supongo que avisará a la policía.

El desconocido, que era probablemente el dueño de la casa, guardó durante un instante una actitud de profundo estupor. Al abrir la puerta había tenido un violento sobresalto, pero se rehízo en seguida. Su rostro, vigoroso y astuto, estaba provisto de un par de ojos prominentes que le daban una apariencia de perpetua protesta. Pero, por alguna misteriosa razón, no fue hacia esos ojos acusadores donde convergió la mirada del poeta, sino hacia el alfiler que ostentaba la pechera de la camisa, y que era un ópalo lumi-